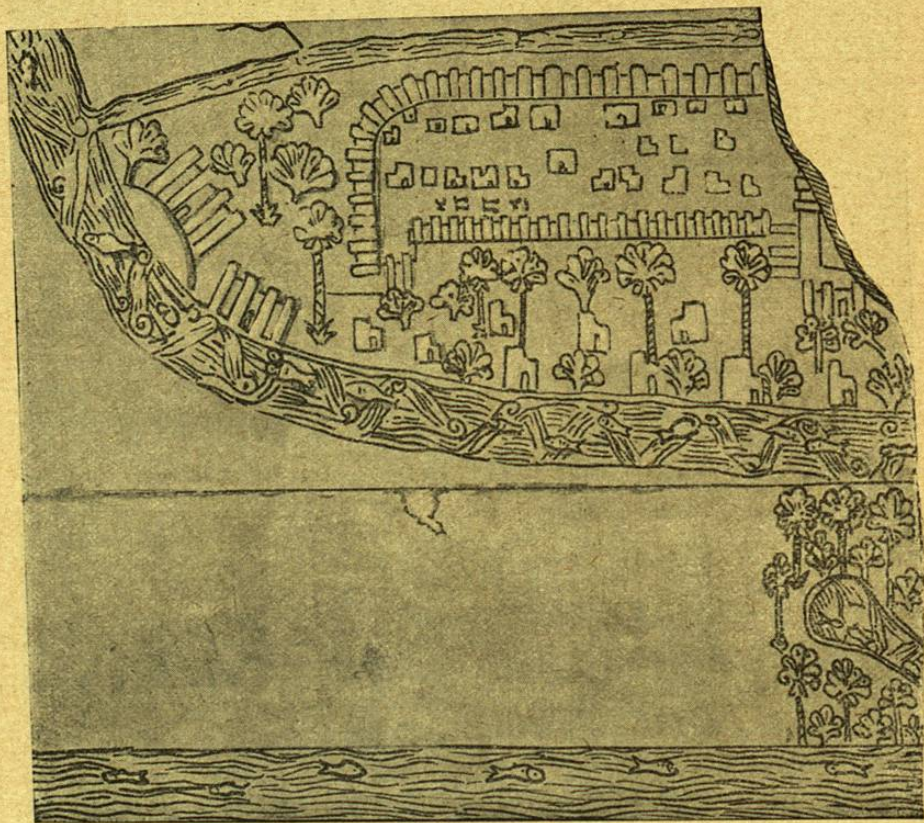


tas, de una cultura no menos avanzada sin duda, miraban desdeñosamente á sus rivales de la llanura y sostenían su capital en una posición avanzada hacia el enemigo hereditario; otro París ante otra meseta central.



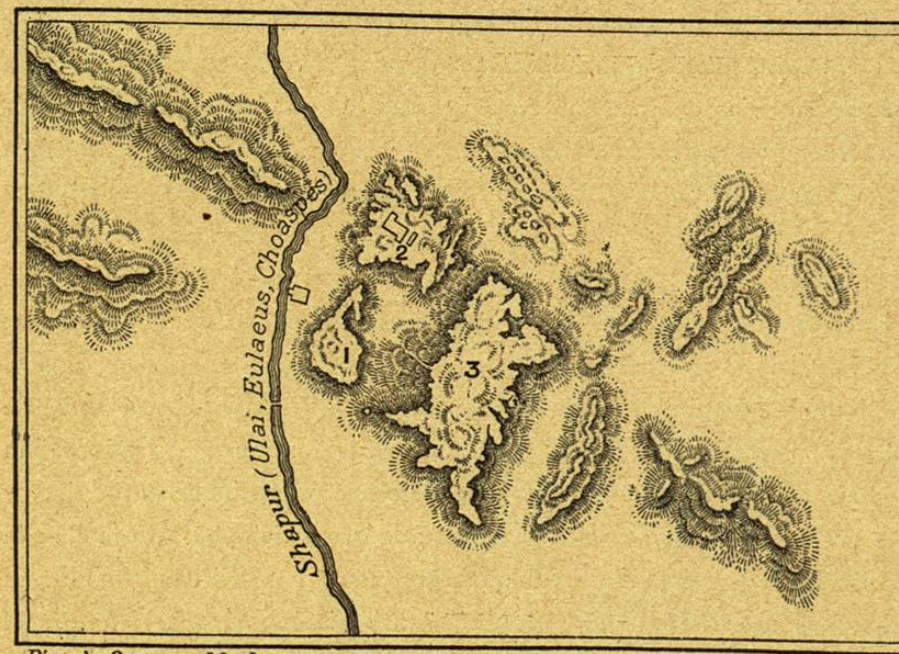
FRAGMENTO DE UN BAJO-RELIEVE ENCONTRADO EN 1857, QUE REPRESENTA EL PLANO DE SUZA

Los vislumbres más remotos que arrojan las investigaciones recientes sobre ese país, se remontan, según Morgan <sup>1</sup>, á un centenar de siglos. En aquel tiempo el golfo Pérsico avanzaba más al Norte en las tierras, y el elefante, el rinoceronte, el león y el antilope recorrían las llanuras pantanosas al pie de los montes: las huellas de esos animales se encuentran hoy á veinte metros bajo tierra; piedras talladas y restos

<sup>1</sup> *Histoire de l'Élam.*

de cacharros atestiguan la presencia del hombre. Los sabios investigadores han descubierto tabletas de tierra cruda cubiertas de signos que no han sido completamente descifrados aún, pero que representan indudablemente piezas de contabilidad que datan de unos 6000 años. El

N.º 66. Plano de Suza.



D'après Spruner Menke.

1: 25 000

0 200 400 600 800 1000 Mètres.

- |                                |                    |
|--------------------------------|--------------------|
| 1. Ciudadela.                  | 3. Acrópolis real. |
| 2. Palacio de Darío (Apadana). |                    |

nombre del rey más antiguo que se ha encontrado se remonta casi á la misma época.

Desde esos primeros indicios históricos hasta la destrucción de Suza por los Arios, es decir, durante un período de más de tres mil años, la reconstitución de la historia del Elam no es sino la narración del antagonismo incesante que existió entre los príncipes de Suza y los de las ciudades de Caldea. Las inscripciones dan fe de ello: la lengua

oficial de la Suciana era alternativamente semítica (ó babilónica) y turania (más especialmente anzanita), según que el vencedor reinaba en Babilonia ó en Suza.

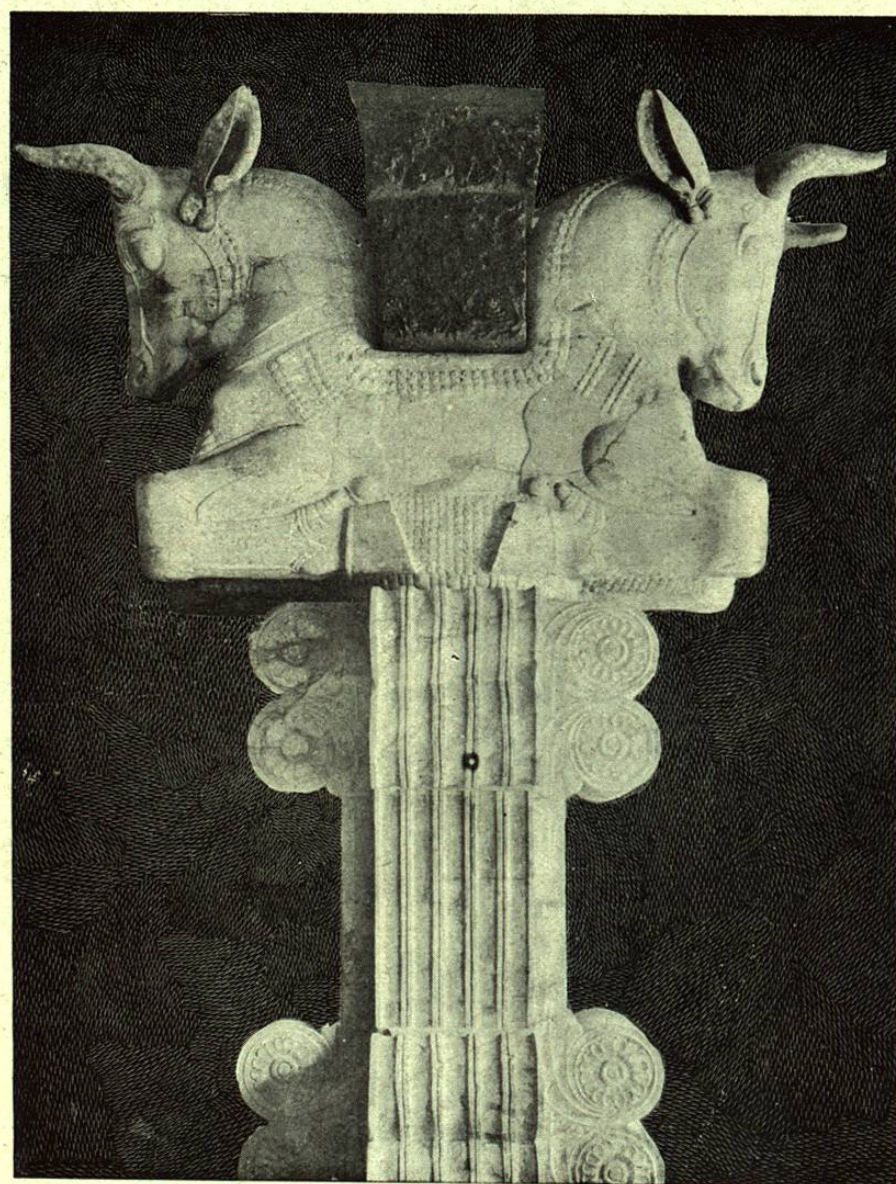
Las guerras no impedían, sin embargo, el establecimiento de las relaciones de comercio entre los habitantes de Caldea, Semitas ó semitizados, y los Turanios apoyados en la muralla iránica.

Los Elamitas pertenecían á una era de cultura muy antigua; hasta puede decirse que era más antigua que la de los fibereños de los grandes ríos de abajo, puesto que habitaban ya su territorio cuando la llanura apenas emergía del agua, lo que sería causa de que los Babilonios denominasen aquel país *la antigua tierra* de Elam. Tenían una industria muy desarrollada; sabían labrar la tierra y sembrar el mijo y el trigo, y fué en su país donde, viniendo de la India por el golfo Pérsico, se había introducido desde los tiempos prehistóricos, el cultivo de la caña de azúcar, lo que valió á aquellas comarcas el nombre de Khuz (Suza) «País del azúcar»<sup>1</sup>.

Sabían aparejar dos caballos de frente para el tiro de su carro de guerra; se servían de catapultas para derribar las murallas; adornaban su cerámica con formas variadas y fundían los metales, el oro, la plata y el cobre. Como astrónomos y matemáticos, participaban de la ciencia de los Caldeos, practicaban cálculos, predecían los eclipses y conocían «el áureo número», ó sea el período de diecinueve años en que el Sol y la Luna coinciden en la misma situación con relación á la Tierra. Dividían el tiempo en años, meses, semanas y días, exactamente como sus vecinos potamios; por último, poseían la escritura, tesoro de los tesoros.

El período glorioso de la potencia elamita se remonta á cuarenta y dos siglos antes de nosotros. En aquella época reinaban en Suza unos reyes bajo el nombre de Nakhonte ó Nakhunta, cuya dominación se extendía hacia el Oeste hasta el Mediterráneo, sin que podamos decir qué relación de causa á efecto une esta extensión á la invasión de Egipto por los Pastores que, un siglo más ó menos, parece de la misma fecha, pero pertenece ciertamente al mismo ciclo de conmoción de los

<sup>1</sup> Carl Ritter, *Asien*, vol. IX, ps. 229 y sig.



CORONAMIENTO DE LAS COLUMNAS DE LA APADANA DE ARTAXERXES

(SUZA DE LOS REYES AKHEMÉNIDAS)

Museo del Louvre.

pueblos. Su expansión hacia el Oriente fué tal, que, más allá de la Bactriana, la China recibió el choque inicial: los habitantes de las montañas de los Bakhtyaris hicieron brotar la chispa que produjo la civilización china <sup>1</sup>.

Aquel vasto imperio elamita duró poco; encontramos hace treinta y nueve ó cuarenta siglos, al célebre Hammurabi, rey de Babilonia, dominando en Suza. Después, tras dos siglos de luchas, cuyas fases están aún en la penumbra, reyes poderosos tienen su corte en la capital de la Suciana, y entre ellos, un tal Chinchinak, hijo de Chutruk Nakhonte, miembro de esta dinastía, constructor y arqueólogo, reconstruyó más de veinte templos, exhumó y restauró las antiguas estelas, transcribiendo religiosamente el texto en lengua semítica, á veces viejo de dos mil años, y añadiendo en lengua turania su nombre, el de su mujer y los de sus hijos <sup>2</sup>.

Hasta entonces la meseta permanecía sin historia; los habitantes de Irán no hicieron uso de la escritura antes de la época de los Akhemenidas, y los vagos indicios que se descubren actualmente demuestran que poco á poco la imantación del mundo persa cambiaba del Sud al Norte, en el mismo sentido que el centro del poder en la cuenca de los dos ríos. Á la gran influencia de Caldea en el mundo oriental sucedió la de Asiria, y aun, de ese lado, el reborde de la meseta fué anexionada al imperio de los Sars conquistadores, y, por consiguiente, una ciudad ribereña del Tigris, Nínive, se hizo la poderosa rival de Suza.

Los pueblos de entre Caspio y golfo Pérsico, á partir de la constitución de la potencia asiria, parecieron poseídos de una furia de destrucción y de matanza. Las guerras se sucedieron sin interrupción, pero se complicaron singularmente por la incursión de nuevos pueblos venidos del Norte: los Kimerianos que, viniendo de las llanuras sármatas, habían invadido el Asia Menor y la Armenia por el occidente del Ponto Euxino; después los Scitas procedentes de la cuenca del mar de Aral.

El Elam fué devastado varias veces por Sargón y Sennacherib, hasta que por último, hace 2530 años según unos, 2546 según otros,

<sup>1</sup> Terrien de la Couperie, *Babylonian and Oriental Record*.

<sup>2</sup> Capitan, *Histoire de l'Élam*, «Revue de l'École de Anthropologie».

Suza, la capital milenaria, fué arrasada por Assurbanipal. « Abrió sus tesoros, tomó el oro y la plata, sus riquezas... Me apoderé de Chuchinak, el dios que habita los bosques y cuya divina imagen no había visto aún persona alguna... Destrocé los leones alados y los toros que velaban guardando los templos ». El vencedor se embriaga con su canto de destrucción, y ningún interés podían tener para él las tabletas de arcilla cocida que componían los archivos de la administración; mas para nosotros, los restos que dejaron los bárbaros conquistadores tienen más valor que el oro de que tan ávidos se muestran <sup>1</sup>. Después de la caída de Suza, el Elam, « el más antiguo de los Estados del Asia anterior », desapareció de la escena del mundo <sup>2</sup>.

Unos treinta años después de la caída de Suza, Nínive, la capital de los orgullosos Sars, sucumbió á su vez bajo los golpes de los Medas, unos cincuenta años antes que Ciro, el rey de los reyes, subiese al trono persa.

El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del fárrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos Persas, destinados á sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión de la narración, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos <sup>3</sup>, encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh enarbolando su mandil de herrero en un palo y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué

<sup>1</sup> J. de Morgan, *Mission archéologique en Perse*, prefacio.

<sup>2</sup> G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, p. 470.

<sup>3</sup> Mohl, *Livre des Rois*.

el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero « no era aquélla la bandera verdadera », se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente, también lo esperamos nosotros.

Antes de haber sufrido el yugo de los grandes imperios conquistadores, las numerosas tribus de los montes y de la meseta, que gozaban



CARACTERES CUNEIFORMES COPIADOS EN PERSÉPOLIS EN 1621

todavía de su autonomía política, se encontrarían en una situación análoga á la de los Bakhtyaris de nuestros días, y, como ellos, llevarían una existencia muy sencilla y pura, alternando sus ocupaciones entre el cuidado de sus grutas y la cría de sus ganados en los altos prados.

Una antigua leyenda de la historia de los Medas, referida por Herodoto, enseña que, únicos entre todos los pueblos, los habitantes de esas altas mesetas no obedecían las leyes de la guerra y no conocían sino las de la justicia. Noble y recta sería en su origen una nación en que la educación de la infancia consistía en tres cosas: « montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad », y en que la costumbre prohibía decir lo que no era permitido hacer <sup>1</sup>. Se recuerda la exclamación:

<sup>1</sup> *Histoires d'Herodote*, lib. I, ps. 136, 138.